

A highly decorative black and white border surrounds the page. It features intricate scrollwork, floral motifs, and symmetrical designs. The top and bottom borders are wider and more complex, while the side borders are narrower and more vertical. The central area is left blank for text.

LETRAS

DOCTOR JUAN CLIMACO HERNANDEZ

(Tunja, 1881-1961)

Por el doctor Alfonso Vargas Rubiano¹

Hace un tiempo vengo estudiando con fervorosa dedicación la obra pedagógica, sociopolítica, etnológica y cultural de uno de los grandes boyacenses de este siglo, el médico Juan Clímaco Hernández y he encontrado datos muy valiosos de la historia de nuestra educación médica en las postrimerías del pasado siglo y comienzos del actual, que bien valen la pena ser conocidos puesto que las Memorias de Ibáñez terminan en 1884 y el estudio hecho por el Dr. Juan N. Corpas si bien comprende hasta 1922, es muy poco lo que refiere al período que en nuestra historia nacional se conoce como de la Guerra de los Mil Días.

EL NACIMIENTO Y BACHILLERATO EN TUNJA (1881-1897)

El 22 de noviembre de 1879, en la solemne sesión de clausura de estudios de la recientemente fundada Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, recibían el grado de médicos los jóvenes Rodolfo Rueda, Manuel J. Urruchurtu, Rafael Baquero, Eugenio de la Hoz y Miguel Hernández. Este último, nacido en Santa Marta, de 34 años de edad, había sido maestro de escuela superior en el Departamento del Magdalena, y recién graduado se trasladó a la ciudad de Tunja,

como médico del Batallón Bolívar y allí ejerció su profesión hasta su muerte en 1911, alternándola con el periodismo y la política; fue elegido Diputado a la Asamblea de Boyacá en el período 1880-82 por el liberalismo de la provincia. Dicen las crónicas de la época que “a la Botica del Negro Hernández acudían todas las clases sociales, sin distinción alguna, a solicitar sus servicios médicos; los pobres sabían muy bien que en él tenían un defensor de sus derechos, listo siempre a aliviar sus dolores y miserias; y algunos contertulios iban en busca de distracción, charla agradable, tresillo tras los frascos y también, en noches especiales una mesa redonda con carpeta verde dejaba que los dados corriesen libremente. A las 5 de la tarde, una vez encendidos los faroles de la Calle de la Torre, se sentaba el médico samario a la entrada de su Botica y con su acordeón distraía la melancolía del crepúsculo e iba llorando sus recuerdos impregnados de la bulliciosa alegría del trópico, sacando de sus notas la historia de su juventud pasada a orillas del Caribe, hasta que en 1911 se calló el acordeón y se cerró para siempre aquella Botica”.

De la unión libre del Dr. Miguel Hernández con Juanita Niño, humilde mujer indígena de la aldea de Cuacaita, nace el 30 de marzo de 1881 Juan Clímaco. 5 años más tarde el médico samario contrae matrimonio católico, dentro de la severidad ritual y social de la Tunja finisecular, con la dama de origen inglés

1. Ex-Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional.

Carlota Whiley. Crece Juan Clímaco al amor de su madre, en pobre vivienda suburbana, asiste a las escuelas públicas de la ciudad y más tarde al Liceo de las Domínguez; a los 10 años ingresa al Colegio de Boyacá y en 1897 con la tesis “Origen del Lenguaje” obtiene su título de Bachiller en Filosofía y Letras. Las relaciones del padre con el hijo extramatrimonial transcurren dentro de la severidad machista de la época y con el estigma de la ilegitimidad, pero seguramente el buen ojo clínico de Miguel Hernández descubre prontamente la excepcional calidad humana y recia personalidad de su descendiente negro-indio y decide que éste continúe la profesión paterna, imposición que el joven bachiller no quería aceptar, seducido como estaba por el estudio de la Filosofía. “¿Quieres entonces morirte de hambre? No sabes que en esta tierra el 90% de la gente no sabe leer?”. Nos cuenta el propio Juan Clímaco que, aunque su padre no le dio más razones, ésta le pareció convincente.

LA FACULTAD DE MEDICINA EN 1898

Y así llegan los Hernández a la capital colombiana en febrero de 1898 para ingresar a la carrera de medicina. Nuevos choques con su progenitor, por cuanto la ciudad capital de Colombia le causó una gran desilusión, especialmente por el ruido. “Yo venía de la ciudad del Silencio, sólo turbado en los amaneceres por las campanas de Santo Domingo, y Santa Clara y los chillidos de tantas máquinas trastornaban mi organismo; además el viejo claustro de Santa Inés (en donde funcionó la facultad de 1877 a 1919). ¡Qué desencanto! Me pareció, después de mi Colegio de Boyacá, un hotel grande de provincia; amplio patio con jardín; dos pisos, pobre barandal en el segundo y una nube de golondrinas que —inquietas y chillonas— ponían una nota de vida sobre el raquitismo del edificio; en el segundo piso, por los corredores paseaban grupos de figuras exóticas; otros rodeaban los bancos de madera puestos allí; llevaban sobre las cabezas un sombrero duro de los llamados entonces cocos y sobretodos estilos Macferlan con mangas y esclavinas que se agitaban con la brisa como alas prendidas de los brazos. Casi todos usaban bigotes muy cuidados y unos cuantos perilla. —Hola, cachifo, ¿es Ud. estudiante de Primer Año? me preguntaron. —Sí, soy de primero, les contesté. Una total protesta entre risas, gritos y palabrotas recibió mi respuesta. —Debemos hacerle saber a los jesuitas que está bien que les den su Diploma, pero que les adviertan a los engañados padres que los manden a las facultades con niñera y tetero. Nuevas risa y chacota. —Se equivocan ustedes, lamentablemente, les grité. No soy bachiller de los jesuitas sino del Colegio de Boyacá. Esta respuesta fue una sorpresa y un calmante. Ya libre de burlas e insultos pude pasear todo el edificio, feliz de estar instalado en la

Facultad de Medicina y no tener nuevos choques con mi padre”.

La escuela creada por la Ley 66 del 22 de septiembre de 1867, reglamentada por Decreto del 3 de enero de 1868 del Presidente Santos Acosta, había tenido hasta entonces como Rectores a Antonio Vargas Reyes en Medicina y en 1868 a Francisco Bayón en Ciencias Naturales; y posteriormente a Andrés María Pardo (1869-78), Liborio Zerda (1879-1892), José María Buendía (1893-1897); era regida en 1898 y hasta 1904 por el médico bogotano Nicolás Osorio Ricaurte. Este, nacido en 1838, estudió en la Sorbona donde obtuvo grado en 1865 y se perfeccionó en Londres y Nueva York, vinculado a la Facultad desde 1868 como sustituto de la cátedra de Patología Externa que regentaba Antonio Vargas Reyes y luego como titular, fue el primero en completar las necropsias con estudios de histopatología y el iniciador del método gráfico para registro de temperatura y pulso. Según Ibáñez el Rector Osorio era “asiduo en el estudio, puntual en sus compromisos, hábil cirujano, goza de reputación merecida sobre todo por la finura y precisión de sus diagnósticos— difícil parte de la patología de la cual han hecho una verdadera especialidad”.

Ingresa pues Juan Clímaco Hernández, el orgulloso bachiller tunjano, al plan de estudios de 1898 previo cumplimiento de su artículo 62 que obligaba presentar los comprobantes de haber ganado o habilitado los cursos siguientes:

Cursos superior e inferior de lengua castellana, lengua latina y lengua francesa; Aritmética, Álgebra y Geometría, Geografía física, descriptiva y política de las 5 partes del mundo y especial de Colombia. Nociones de Cosmografía, Física experimental. Filosofía y Religión.

El curriculum que empezaba a regir ese año cumplía lo que sabía y previsoramente habían establecido los educadores médicos del plan de estudio de 1891 al consagrar en su artículo final que “teniendo en cuenta los adelantos de las ciencias, el catedrático puede proponer al Consejo Directivo las modificaciones que en su concepto deban introducirse en los programas existentes, o presentar nuevos modificados si juzga que los actuales son inadecuados. Pero estas modificaciones no deben hacerse con frecuencia para no introducir desorden en el régimen de enseñanza y de exámenes”.

(1898 a 1906)

Primer Año:

- Curso 1o. Botánica Médica.
- Curso 2o. Física Médica y Biológica.
- Curso 3o. Química Mineral e inorgánica.
- Curso 4o. Anatomía Especial (I).

Segundo Año

- Curso 5o. Zoología Médica.
- Curso 6o. Química Orgánica y Biológica.
- Curso 7o. Anatomía General e Histología.
- Curso 8o. Anatomía Especial (II).

Tercer Año

- Curso 9o. Materia Médica y Farmacia.
- Curso 10. Fisiología.
- Curso 11. Patología General y Cirugía Menor.
- Curso 12. Anatomía Topográfica y Cirugía Mayor.

Cuarto Año

- Curso 13. Patología Interna.
- Curso 14. Patología Externa.
- Curso 15. Terapéutica General y Especial.
- Curso 16. Clínica de Patología General y Cirugía Menor.

Quinto Año

- Curso 17. Obstetricia.
- Curso 18. Clínica de Patología Interna.
- Curso 19. Anatomía Patológica.
- Curso 20. Higiene.
- Curso 21. Clínica Infantil

Sexto Año

- Curso 22. Clínica de Patología Externa y Quirúrgica.
- Curso 23. Medicina Legal y Toxicología.
- Curso 24. Clínica Obstetrical (sic).
- Curso 25. Clínica de Sífilis y Enfermedades de la Piel.

Lleva la firma del Ministro de Educación Tomás Herrán y del Rector de la Facultad Nicolás Osorio Ricaurte y establece también 5 preparatorios y Tesis doctoral. Así inicia, para cumplir la orden paterna, los estudios de medicina este joven de provincia que aún no ha cumplido 17 años y que, según su relato “aumentó mi repugnancia por la medicina al conocer el Anfiteatro Anatómico y encontrar el cadáver de una joven mujer, con mirada de espanto y una profunda herida de cuchillo en una de sus mejillas; pero pronto olvidé tan desagradable impresión al estudiar las ciencias naturales; ¡cuánta belleza! buscaba los músculos, sus inserciones para explicarme los movimientos; las arterias, las venas, los nervios para comprender la mecánica de la vida. Pero, ¿qué era ésta? Meses y meses sin otra sugestión de los profesores que no fuera la de interesarnos más y más por la verdad científica: estructura de la célula nerviosa, fecundación de las plantas, serie de los hidrocarburos, pero en cambio en el ambiente, agrias discusiones políticas; *yo me alejaba de éstas para meditar soluciones al problema filosófico de la vida.* Recordé a mi maestro de Lógica del Boyacá: Leí a Spencer, a Renán, a Rousseau y logré ser admitido como “dile-

tante” en el curso de Filosofía que se dictaba en la Universidad Republicana; ninguno de los futuros abogados conocían la filosofía escolástica, yo estaba saturado de Aristóteles, de Santo Tomás, del Padre Ginebra; en poco tiempo comprendí el positivismo de Comte, el trasformismo de Darwin, el evolucionismo de Spencer, teorías todas que ahogaban con su sencilla verdad toda la jerigonza peripatética, todo el formulismo metafísico; si Kant señaló el camino, si la razón puede escalar los más altos niveles, pero sólo es verdad lo real, lo experimentable. Las ciencias naturales y la filosofía me alejaron por completo de la vida de los claustros, en los que se recogía el fruto del confesionalismo de la segunda enseñanza: *cada cual deseaba acabar con las ideas del contrario*; el espíritu de la violencia era el animador de todos los aspectos de la vida, en los colegios, en las calles, en la sociedad, en la prensa; ésta, también intoxicada con el mismo veneno de los colegios, de la universidad, de la sociedad entera.

En la prensa se hablaba de revolución, pero yo les argüía: ¿Esta, debe ser siempre sangrienta? *¿No puede ser un esfuerzo constante y decidido de la inteligencia en favor del bien, en contra del mal?*

LA GUERRA DE LOS MIL DIAS

Todo se lo llevó la racha de la pasión, de la ceguedad. La guerra estalló en Santander, la Facultad se cerró, la mayoría de los estudiantes partió hacia los campamentos. “Yo acompañaba a la estación a muchos de mis compañeros, *pero no quise ir a la guerra, aun a riesgo de aparecer como cobarde* temperamentamente rechazaba toda violencia, mis estudios filosóficos también me llevaban a rechazarla con la razón; aunque comprendía muy bien a mis compañeros entusiasmados, sentía el deseo de ir con ellos, pero un freno me detenía; algo interno, un temor, una angustia que me apretaba el corazón y me imposibilitaba para seguirlos; no era cobardía, gustosamente daría mi vida, pero se imponían en mí el temperamento y la razón”.

Un año había pasado cuando supimos que la Facultad se abría, pues el Gobierno consideraba urgente preparar personal para que prestara servicio en los campamentos como lo estaba haciendo la naciente Cruz Roja Colombiana.

El primer día de clase, “de los 108 estudiantes que debíamos iniciar el tercer año, solamente estábamos 26; aquellos bancos vacíos eran un grito de alarma, de protesta, de piedad; comenzamos a reconstituir pacientemente la lista: El primero, muerto en Bucaramanga; el segundo, muerto en Palonegro; el tercero, muerto de fiebre amarilla en Cúcuta; el cuarto, muerto en una trocha; el quinto, muerto en Perálonso; el sexto, lucha en el campamento del gobierno; el séptimo, herido en el hospital de Pamplona; el octavo, está en el campamento revolucionario; etc. Mu-

chos, al saber la muerte de un amigo, lloraban tiernamente. Debemos condenar la guerra, es la causa de nuestro dolor, es el resultado del fanatismo que en nuestras almas han puesto los maestros encargados de educarnos: ¿no nos decían que *el que no estaba de acuerdo con sus ideas, ya religiosas, ya políticas, merecía la condenación eterna?*

“Han sembrado odio, rencor, y todos somos colombianos, somos hermanos; podemos tener ideales distintos, pero no vale el ideal mismo una sola vida de las que se están inmolando a esos ideales”.

Un pacto fraternal unió a los estudiantes de medicina. Los profesores dictaban sus conferencias saturadas de ciencia y de entusiasmo, que era una verdadera insinuación al estudio serio y continuado, lejos de la tormenta de la pasión: los veíamos tan abstraídos, tan alejados, tan dignos de conservarnos dentro de la intención de acabar con la guerra. Muchas veces nos preguntábamos cómo era posible que permanecieran puros en medio de tanta corrupción; eran todos tan adorables, entregados a sus trabajos científicos, sencillos como niños, ingenuos como adolescentes, honrados como santos y pulcros como la ciencia a la cual se habían entregado. Uno buscaba los males que en el organismo humano desarrollaba la chicha; otro estudiaba una enfermedad del cuero cabelludo y así todos abstraídos en su estudio, la guerra pasaba por debajo de sus pies”. Continúa relatándonos Juan Clímaco Hernández, en su libro autobiográfico “Colegio de Boyacá” que al descubrirse a un compañero espion del Gobierno, el profesor de Química le señaló un puesto alejado de sus compañeros. ¿Por qué?, preguntó el alumno. Porque Ud. unido a sus compañeros, los infecta, los ensucia, fueron las palabras del profesor. El sancionado salió furioso del aula y anunció que haría cerrar la Facultad ese mismo día. Efectivamente, el Ministro de Educación ordenó el cierre, y ante el reclamo de los universitarios y de la sociedad y previas consultas con el Ministro de Guerra, se anunció ante la comisión estudiantil que pedía la reapertura de la Facultad que, evidentemente ésta se abriría antes de tres días, pero abriría solamente para los alumnos conservadores. ¡No! replicó con voz de protesta un estudiante, que no se abra como Uds. lo quieren, y avanzó resueltamente hasta colocarse muy cerca de los dos Ministros; allí empezó a despojarse de sus vestidos, quedó el torso desnudo y sobre el hombro izquierdo mostró una herida; ésta, dijo, es una herida recibida en los campamentos del Gobierno, en defensa del ideal conservador que es el mío y la bala venía de los campamentos de la revolución, de los campamentos liberales; llamó a un compañero, lo obligó a que se desnudara y mostrara el brazo derecho: ésta es una herida recibida por mi compañero en defensa de sus ideas, que son liberales y la bala que lo hirió salió de los campamentos conservadores. Yo lo

herí, él me hirió, pero eso ya pasó, *ambos estábamos ciegos como lo están Uds. señores ministros. Hemos palpado el error, las vidas de nuestros compañeros valen más que todos Uds. los educadores extraviados por el fanatismo; nos hemos limpiado de toda corrupción, gracias al dolor y a la vergüenza sentidas ante la falta de nuestros compañeros sacrificados.* O se abre la escuela para todos o todos marchamos antes de 3 días a los campamentos de la revolución. Los gendarmes nos echaron a todos, y estábamos resueltos a marchar, cuando supimos que la Facultad se abría para todos los estudiantes, pero como satisfacción al fanatismo derrotado se obligaba a los profesores a hacer profesión pública de fe católica; esto determinó el retiro de algunos buenos profesores que fueron reemplazados por otros que, dice Hernández, creyeron que el soplo del Espíritu Santo les llegaba en el momento de la profesión de fe. Los viejos profesores, amantes de la juventud, comprendieron nuestra triste situación y abrieron en sus hogares cátedras donde nos dictaban lecciones; allí bebíamos la ciencia que el Espíritu Santo negó a los que confiaban solo en la fe y en la Facultad se cumplía la sanción unánimemente convenida al estudiante-espía y éste terminaría por retirarse dos meses más tarde ante la presión moral de sus profesores y compañeros.

Terminó la guerra, continúa Hernández. Uno de sus fatales resultados conmovió nuestra alma: habíamos perdido un departamento.

Todos quisimos ir a rescatarlo. Otra ilusión juvenil”.

TESIS DE GRADO

El General Rafael Reyes ya en el Gobierno, en 1904, predicaba la paz y la concordia y restablecía el antiguo esplendor académico, que se había olvidado, al hacer la clausura de estudios de la Universidad en forma muy solemne, y así el 22 de noviembre de 1904, el alumno Juan Clímaco Hernández recibía, 25 años después de su padre y a los 23 años de edad, el Diploma de Doctor en Medicina y Ciencias Naturales, con la tesis la NEURASTENIA Y EL ARTRITISMO. Relaciones y Patogenia.

Hernández, en esta Tesis —que bien puede ser la primera aproximación a la medicina psicosomática— deja planteada la complejidad clínica y conceptual de la neurosis y con ejemplar honestidad no presenta en su casuística NINGUNA CURACION, SINO CUANDO MAS ALGUNAS MEJORIAS, con la terapia medicamentosa de comienzos del siglo. Ciertamente aquí continúa en rebelión contra su progenitor, pues cumple con rigor el plan de estudios, los 5 preparatorios y la tesis doctoral, pero el frustrado estudiante de Filosofía y Letras emerge en las salas hospitalarias, no se deslumbra con el arte quirúrgico y se manifiesta escéptico con los resulta-

dos obtenidos en órganos o sistemas orgánicos aislados y profundiza en busca de lo constitucional, de lo mental. Igual rebeldía la vemos 26 años después, en el informe sobre la campaña antivenérea en Tunja: no se trató de drogas ni lavados, sino que produce su primer libro *Almas de un dispensario*, que lo define ya como un auténtico filósofo de la vida. De su tesis de grado, tomo los siguientes conceptos y casos:

“Entre las enfermedades que la nosología coloca en el número de la neurosis, una de las que más han preocupado a los médicos y psicólogos modernos, es la *neurastenia*. Enfermedad propia de nuestra época, triste patrimonio de generaciones nacidas para una continua lucha; lucha en la cual gasta su organismo y agota día por día la vitalidad del sistema, centro de todos los fenómenos biológicos: *el sistema nervioso*. Entre las causas generadoras de neurosis, de acuerdo con Bouchard, la más sencilla ha sido la menos estudiada: es la que resulta de la acción vital de las células cuando ella es puesta en juego por otra causa cualquiera”.

“En este corto trabajo no trataremos de la vida moderna y sus luchas diarias, ni de los excesos de todas clases, ni del abuso de sensaciones y placeres, ni del sobrecargo escolar, etc., como causas generadoras de la neurastenia; únicamente estudiaremos las *causas constitucionales*, cuyo origen está, sin duda, en las desviaciones nutritivas; estos vicios constitucionales, estas distrofias primitivas, generadoras muchas veces de la neurastenia, no son sino verdaderas diatesis, y entre éstas existe una que la engendra con mucha frecuencia: es la diatesis artrítica”.

El interno por oposición (1903) del servicio hospitalario de los profesores Pompilio Martínez e Ismael Gallego, presenta 5 observaciones clínicas en las cuales encuentra cefalea, excitabilidad, carácter hipocóndrico, dispepsias atónicas, amnesia, depresión, astenia neuromuscular, acné, hiperhidrosis, tristeza habitual y postración, temblores y analgesias; en todos encuentra antecedentes artríticos y con fino sentido clínico busca su correlación etiológica; pero evidentemente este trabajo se desarrolló mucho más en la biblioteca que en las salas hospitalarias, ya que la revisión hecha de las diferentes teorías patogénicas es muy completa. En el caso (I), se trató el artrismo con alcalinos unidos a tónicos y una *mejoría aparente* le hizo salir del Hospital; caso (II), sale “curado de la blenorragia que le causaba su angustia, pero la *neurastenia persiste aún*; el caso III, después del tratamiento apropiado para su reumatismo crónico “*las cefaleas constantes, palpitaciones, hiperestesia, astenia neuromuscular se instalaron de un modo permanente e hicieron de este joven un verdadero neurasténico*”. El caso IV, 30 años, rama de troncos puramente artríticos, ha sentido

manifestaciones varias de esta diatesis: reumatismo y gravela úrica y hace dos años, sin causa justificable, aparecieron los *síntomas de neurastenia aguda, que ha resistido a todo tratamiento*; el caso V, joven estudiante, hijo de padres litíasicos, sufre de acné y dispepsias atónicas, ataques constantes de sueño, amnesia progresiva, astenopia; sometido a tratamientos con tónicos y alcalinos, *la neurastenia no cedió sino muy poco*”.

LA CAMPAÑA ANTIVENÉREA EN 1923

En 1904, “con el diploma que me ponía frente a la vida, me sentí libre y con la libertad conquistábamos el derecho de *buscar para los que nos debían seguir lo que nunca encontramos nosotros en la educación secundaria, borrar los defectos de la Universidad y trabajar por un ambiente educativo libre de fanatismos y de odios enseñados como doctrina*”.

Fiel a sus principios ideológicos, al llegar a la Cámara de Representantes en 1923, trabaja lógicamente por la educación y la salud populares, presentando dos proyectos de ley, relacionado el primero con la “traída de profesores extranjeros y envío de jóvenes a estudiar pedagogía en los países más avanzados en este ramo” y el otro sobre “iniciación de la lucha antivenérea en Colombia”.

Infortunadamente, el primero fue negado por cuanto “consideramos nocivo el envío de profesores nuestros a las llamadas Escuelas Nuevas europeas, pues es bien sabido que son instituciones protestantes y racionalistas y por consiguiente diametralmente opuestas a la Constitución y Concordato que prescriben que la educación pública debe ser organizada en conformidad con la Religión Católica” y en cuanto a la lucha antivenérea fue suspendida indefinidamente la consideración de este proyecto por cuanto “*la parte preventiva de las enfermedades venéreas es asunto de moral y corresponde a los Obispos y Prelados actuales enseñar de hecho y de derecho la moral cristiana: que previene el libertinaje, que corrige las malas costumbres y sus funestas consecuencias sobre la raza y la sociedad, y no al Estado, cuya acción docente de nadie la ha recibido y al cual ordena la Constitución reconocer la religión católica, protegerla y defenderla como elemento esencial del orden social*”. Tal es, a grandes rasgos, la trayectoria médica en las primeras décadas de este siglo, de un médico de provincia que concibió su profesión como un grande esfuerzo educativo para el mejoramiento integral del ser humano como entidad biopsicosocial, y penetró en los arcanos prehistóricos de nuestra raza autóctona como explicación genética de nuestra identidad como nación indoamericana.

Dr. Alfonso Vargas Rubiano.

BIBLIOGRAFIA

1. HERNANDEZ, Juan Clímaco. Colegio de Boyacá. 50 años de observación en sus claustros. Bogotá, Editorial Antares, 1963.
2. HERNANDEZ, Juan Clímaco. *La Neurastenia y sus relaciones con el artritismo*. Relaciones y Patogenia. Bogotá, Imprenta de la Biblioteca Popular, 1904.
3. IBAÑEZ, Pedro María. *Memorias para la Historia de la Medicina en Santafé*. 2a. edición. Bogotá, Imprenta Nacional, 1968.
4. SARAVIA GALLO, Rafael. *Médicos que han ejercido en Tunja*. (En "Ambiente Tunjano", Tunja, Editorial El Vigía, 1939).
5. HERNANDEZ, Juan Clímaco. *La Botica del Negro Hernández*. (En "Ambiente Tunjano", Tunja, Editorial El Vigía, 1939).
6. SORIANO LLERAS, Andrés. *El Hospital de San Juan de Dios*. Bogotá, Editorial Kelly, 1963.
7. CORPAS, Juan N. *Historia de la Medicina en Colombia*. Bogotá, Editorial El Gráfico, 1922.
8. BRICEÑO, Manuel. RUBIO, Osías. *Tunja, desde su fundación hasta 1907*. Bogotá, 1919.
9. Archivos de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional (Planes de Estudio).